

Diego de Nicuesa

Un conquistador malaventurado

«Nicuesa brilló como un meteoro sobre el horizonte, con luz fatídica, para hundirse después en las tinieblas de lo desconocido»

POR GUADALUPE FERNÁNDEZ MORENTE - IGNACIO FERNÁNDEZ VIAL

Pasa a las Indias en 1502 formando parte del séquito del gobernador Nicolás de Ovando. Estando allí y sabiendo que sus buenas relaciones con la Corte le iban a ser muy útiles, ya que había pertenecido al círculo de colaboradores de don Henrique Henríquez, tío del rey Fernando el Católico, solicita y le es otorgada la gobernación de "Castilla de Oro", el Darién y Veraguas. Para hacerse cargo de su elevado puesto, el 18 de noviembre de 1509, Nicuesa sale de la Española al mando de cinco naves que transporta-

ban entre marineros y hombres de armas a setecientos castellanos. El padre Las Casas nos dice que su partida se vio amenazada con un mal presagio, la aparición de un cometa que tenía forma espada, siendo muchos los que le aconsejaron que no embarcara ante las desgracias anunciadas por los cielos, pero él contesta a los que tan triste destino les presagiaban, "que más confianza tenía en la misericordia de Dios que en el poder de las estrellas". Cuan-

do llega a Calamar, el actual emplazamiento de Cartagena de Indias, recibe noticias de que el descubridor conquistador Alonso de Ojeda está acosado por los indígenas. Inmediatamente envía a buena parte de sus hombres a socorrerlo. Su generosa acción se vio recompensada con un buen botín, cuarenta mil pesos de oro que le arrebataron a los indios derrotados en la lid. Nicuesa continúa su empresa dirigiéndose al Darién. Una vez allí, decide embarcar en el más pequeño de todos sus barcos para seguir él solo reconociendo el litoral, ordenando a los capitanes de las otras embarcaciones que le siguieran pero mar afuera. Dobra el cabo Tiburón, pasa por la ensenada de Anachucuna, y cuando acababa de dejar

por su popa la punta de Carreto, le sorprende una muy violenta tempestad con vientos del sur, viéndose obligado a navegar hacia el norte. Los cuatro navíos restantes también son arrastrados por el vendaval, y pronto pierden de vista a su comandante.

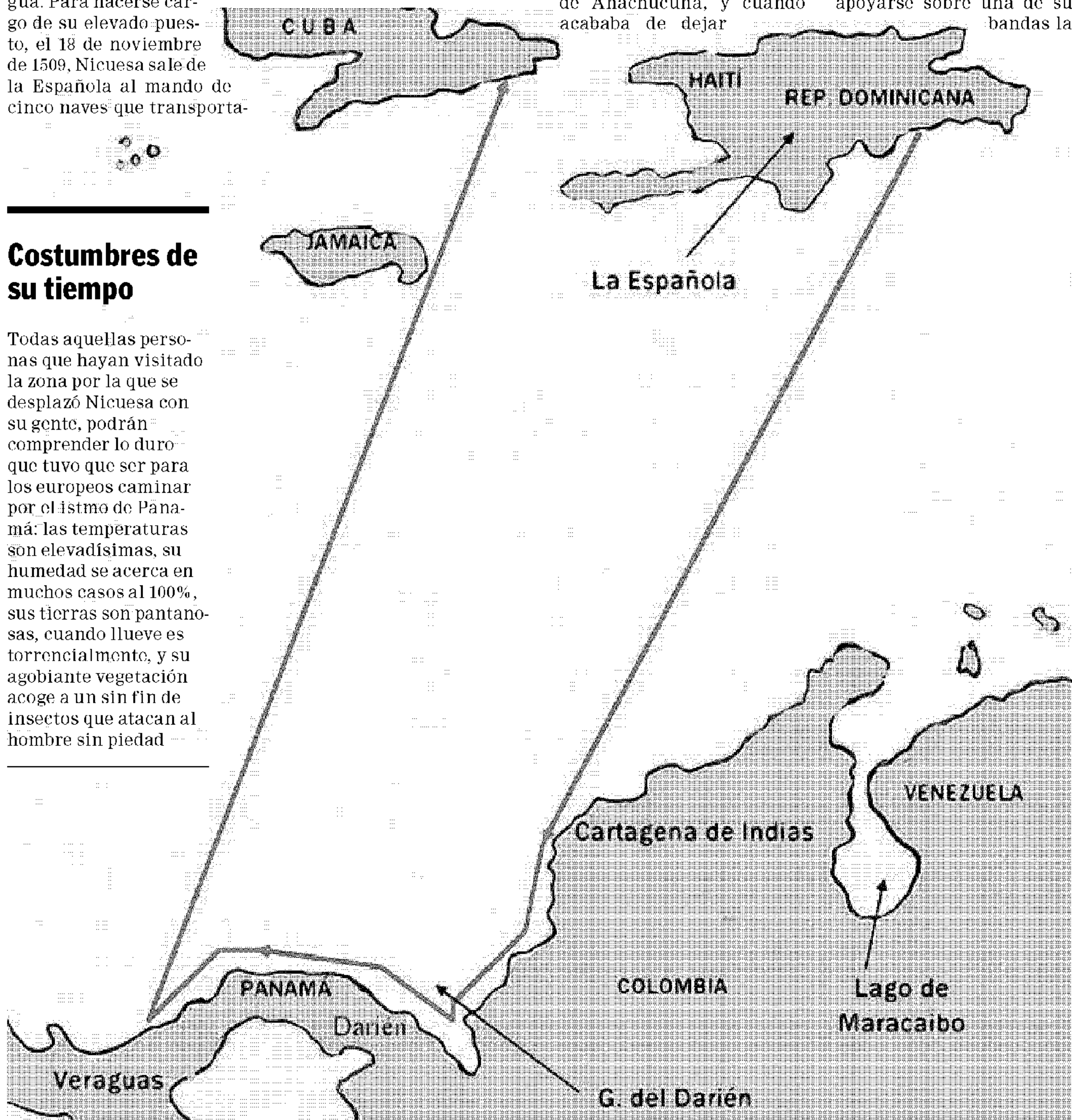
Se le echa la mar cuando se encuentra a la altura de la laguna Chiriquí, allí Nicuesa, temiendo que el resto de sus naves hubieran sido llevadas al fondo por las enormes olas que les habían sacudido, vira en redondo y se dirige hacia el sur. En su camino se adentra en lo que le parecía la desembocadura de un río, pero cuando permanece fondeado y al bajar la marea, quedó la carabela en seco, lógicamente ésta se escora y al apoyarse sobre una de sus bandas las

maderas se les comienzan a abrir, estaba claro que cuando retornara la pleamar el barco se iría al fondo, por lo que se ve obligado a abandonarlo. La situación es angustiosa, con pocos hombres, sin armas, y en tierra de indígenas feroces, pocas posibilidades le quedaban de poder alcanzar tierra amiga. Mientras tanto, el piloto que había quedado al frente de los otros cuatro navíos, Lope de Olano, hombre ambicioso que cree ver que le ha llegado su oportunidad para conseguir honra y riquezas, sale inermemente de la tempestad y decide dejar abandonado a Nicuesa a su suerte.

Los naufragos alimentándose únicamente de algas marinas y mariscos que recolectaban en las playas que iban atravesando, acosados por los indios, desnudos y casi sin esperanzas, al llegar a un punto seguro construyen una balsa con la que pasar a lugar más acogedor. Cuando se hacen a la mar en esta ligera armadía, incapaces de gobernarla, se ven cada vez más lejos de tierra: cunde la desesperación, el agua potable se les acaba, no tienen nada que llevarse a la boca y un tórrido sol les castiga. Tantas calamidades provocan que cada mañana aparezcan en la cubierta de la balsa los cuerpos sin vida de algunos de sus compañeros. Al fin un día, cuando ya llevaban muchas jornadas en solitario, ven aparecer por el horizonte una vela castellana, que los recoge y los lleva a una de las orillas del río Belén, en donde se encontraba el hombre que había decidido dejarlo abandonado. Nicuesa al verlo lo detiene y le carga de grilletes, acusándole de haber sido el culpable de las horribles muertes de muchos de sus hombres. Más tarde sube a bordo en una carabela española que lo traslada a Santa María la Antigua del Darién. Una vez aquí, al enterarse de que la gobernación de dicha población la había asumido Vasco Núñez de Balboa y que ésta se encontraba dentro de Castilla de Oro, se enfrenta airado al capitán extremeño. Éste lo apresa y lo manda al destierro embarcándolo en un viejo bergantín. Años después, unos marineros que naufragaron en Cuba dijeron haber visto un letrero grabado en un árbol que decía así: "aquí feneció el desdichado Nicuesa"

Costumbres de su tiempo

Todas aquellas personas que hayan visitado la zona por la que se desplazó Nicuesa con su gente, podrán comprender lo duro que tuvo que ser para los europeos caminar por el istmo de Panamá: las temperaturas son elevadísimas, su humedad se acerca en muchos casos al 100%, sus tierras son pantanosas, cuando llueve es torrencialmente, y su agobiante vegetación acoge a un sin fin de insectos que atacan al hombre sin piedad



Datos personales

Miembro de una familia hidalga de Baeza. Después de mil aventuras por las Indias, parece ser que fallece en Cuba en 1511.